

MARIA ELENA RODRIGUEZ DE MAGIS* LATINOAMERICA EN LA CONCIENCIA ARGENTINA

La época colonial tiene en la historia argentina una enorme trascendencia pues ella constituye su pasado más remoto. Quizás este sólo hecho basta para marcar una profunda diferencia con muchos de los países de la América Española. Así mientras que en el Perú o en México los conquistadores y colonizadores encontraron un mundo rico, lleno de bienes materiales y con poblaciones de un avanzado desarrollo, las llanuras del Río de la Plata, con grupos aborígenes de escasa densidad, sin riquezas metalíferas de obtención fácil, produjo más decepción que entusiasmo en los primeros españoles. Ni la naturaleza ni la población ofrecieron mayor resistencia a la penetración, pero tampoco eran muy promisorias (a diferencia del Perú o México). En el mejor de los casos se podía vislumbrar que en un futuro de trabajos y esfuerzos esas llanuras se convertirían en una fuente de riqueza. Así, la colonización de lo que hoy es la Argentina adopta caracteres distintos de los que configuraron la colonización española en el área de los imperios inca y azteca. En éstos se pudo rehacer el mundo señorial de la España medieval ya que fue posible disponer no sólo de tierras y minas de oro y plata, sino también de vasallos que proporcionaron mano de obra abundante con la que se explotaron tierras y minas con enormes ganancias. Y el colonizador pudo así reproducir en esas áreas el mundo aristocrático del que provenía; de ahí que adoptara una modalidad muy especial frente a la población nativa. En cambio la situación en la cuenca del Río de la Plata fue muy diferente: allí fue necesario el trabajo personal, ya que la población indígena no sólo era escasa sino que tenía un bajísimo desarrollo cultural. España podía montar una organización casi feudal sobre las bases de los antiguos imperios indígenas pero no podía hacer lo mismo en una región en que éstos no existían. La falta de trabajadores indígenas en la cantidad que requería la empresa que se iba a emprender determinó que las relaciones entre conquistadores y conquistados tuviera un carácter muy peculiar, y la sociedad a que va a dar origen tiene elementos del mundo moderno. En el Río de la Plata la colonia no fue reflejo de ese mundo señorial de la metrópoli, sino que se organizó con muchas de las modalidades que caracterizan a la burguesía moderna, siendo quizás la principal de ellas el hecho de que la riqueza se logra como resultado del trabajo personal y a través del comercio.

La evolución posterior a la colonización española en América mantiene en todo el continente estas dos líneas. Y la segunda mitad del siglo XIX, se nota ya en la América llamada mestiza, la asimilación paulatina de las tendencias europeas junto a la revalorización de las raíces indígenas. En la cuenca del Plata, en cambio, se ve una orientación muy diferente. Las generaciones que organizaron países como la Argentina y el Uruguay a pesar de las diferencias que hemos señalado, están originariamente dentro del contexto latinoamericano; pero la falta de tradición indígena las hace caer en una excesiva admiración por la cultura europea, y la

escasa densidad demográfica las impulsa a una política migratoria que va a cambiar la estructura misma de estos países. En la Argentina el flujo migratorio va a producir, en poco tiempo, una modificación sustancial que trae como consecuencia el nacimiento de una clase media numerosa que, lo mismo que en el Uruguay, va a convertirse para finales de siglo en un fuerte grupo de presión. En la América mestiza, en cambio, el surgimiento de la clase media va a ser posterior.

Con todo, las diferencias que hemos apuntado entre estas dos regiones de la América española, nunca han sido tan fuertes como para que los pensadores argentinos no tuvieran en cuenta la realidad del continente en que el país estaba enclavado. Rastreando en la obra de sus intelectuales, desde el comienzo de la independencia política, la preocupación por América Latina es frecuente y casi constante. Nuestro interés es, precisamente, mostrar esta preocupación que ha existido en la Argentina por la suerte del continente, en unos casos, o por las relaciones del país con sus hermanos de América, en otros.

El americanismo comienza con los románticos liberales que fundan, con Esteban Echeverría en 1838, la "Asociación de Mayo". En todos ellos la Argentina aparece inserta dentro del panorama de Hispanoamérica.

La generación de románticos en toda Hispanoamérica tomó del romanticismo europeo su preocupación por la realidad, por los valores nacionales, convirtiéndola en una preocupación por los valores propios de América. Echeverría y su grupo interpretan este sentir que los impulsa a tratar de completar la obra de la emancipación política que ven, con tristeza, incompleta. En la independencia política, nos dice Echeverría "el cuerpo se ha emancipado pero la inteligencia no." Su obra es un grito contra la herencia colonial española, donde encuentra la raíz de todos los males. Con Echeverría y varios hispanoamericanos más, incluyendo a Bolívar, se inicia la inútil dialéctica del hombre hispanoamericano que quiere negar su pasado sin asimilarlo, como lo ha mostrado Leopoldo Zea en su obra.

Cofundador de la "Asociación de Mayo", Juan Bautista Alberdi fue en su juventud otra de las grandes figuras de la intelectualidad argentina del siglo pasado. Mucho más pragmático que Echeverría, inicia el tránsito al positivismo. En su obra muestra cómo la única forma de lograr el anhelado desarrollo de nuestros países en forma inmediata es partiendo del material existente. Alberdi sostiene que cada pueblo debe tener una civilización propia, y señala como uno de los males congénitos a la independencia, el afán de copiar a Europa y a los Estados Unidos. Piensa que es preferible una civilización imperfecta pero no propia, a seguir eternamente atado a modelos extranjeros. Esto no es una contradicción con los ideales de su generación que veían en los Estados Unidos el máximo ejemplo de desenvolvimiento; al contrario, cree que el

* Argentina. Egresada de la Universidad Nacional de Cuyo, catedrática de Historia de las ideas de América Latina en el Siglo XX, Secretario del Centro de Estudios Latinoamericanos, da cátedra en la Universidad Nacional Autónoma de México



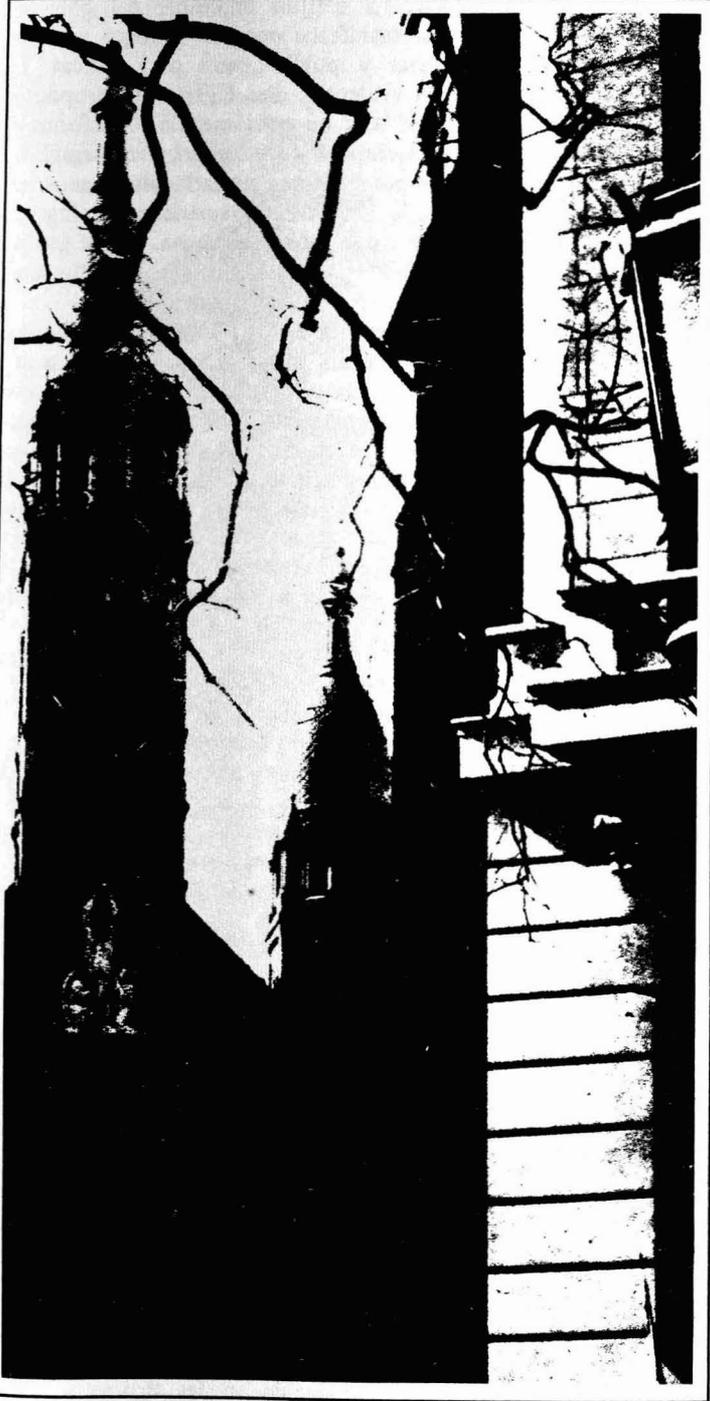
éxito de este pueblo ha sido precisamente partir de sus propias características, de esa realidad que es imposible eliminar. Tampoco significa que debamos aislarnos, por el contrario, "es menester escuchar a la inteligencia europea, más instruida y más versada en las cosas humanas y filosóficas que nosotros" pero buscando, sin consultarlo con nadie más que con nuestra razón y observación, "las formas que estos elementos deben recibir bajo las influencias particulares de nuestra edad y de nuestro suelo"¹ Es necesario seguir este camino si se quiere incorporar Hispanoamérica al progreso universal, y no sólo es ésta la única vía para encauzar el desarrollo político y social, sino que es la única vía para el proceso cultural. Quizás es en este último aspecto donde el americanismo de Alberdi es más agudo: durante un curso en Montevideo, al hablar de filosofía, sostuvo que ésta había de ser el resultado de nuestras necesidades, por esto tenía que ser "esencialmente política y social en su objeto, ardiente y profética en sus instintos, sintética y orgánica en sus métodos, positiva y realista en sus procedimientos, republicana en su espíritu y destino". La filosofía que es universal como la humanidad —agregaba—, es "varia en sus aplicaciones nacionales y temporales", porque "no hay una filosofía universal, porque no hay una solución universal de las cuestiones que la constituyen en el fondo. Cada país, cada época, cada filósofo ha tenido una filosofía peculiar, que ha cundido más o menos, porque cada país, cada época y cada escuela han dado soluciones distintas a los problemas del espíritu humano". Por esto para Alberdi puede existir una filosofía americana y ella se ocupará, no de hacer metafísica, sino de proporcionar la serie de "soluciones dadas a los problemas que interesan a los destinos nacionales". Propiciaba una filosofía práctica, resultado de la urgencia de transformar nuestro continente. "Civilizarnos, mejorarnos, perfeccionarnos, según nuestras necesidades y nuestros medios; he aquí nuestros destinos nacionales que se resumen en esta fórmula: Progreso"²

Domingo Faustino Sarmiento es la figura más completa de la Argentina del siglo XIX. Pensador de gran envergadura, es al mismo tiempo el hombre de acción que logra llegar a la conducción del país, establecer un gobierno progresista y convertirse en el más importante forjador del desarrollo del continente, ya que sus reflexiones sobre la realidad sociopolítica trascienden el ámbito nacional. *Facundo*, su obra más importante, escrita bajo la influencia del romanticismo filosófico, estudia un fenómeno argentino que puede ser aplicado a varios países de Sudamérica, a pesar de que en la obra no hay una intención manifiesta de Sarmiento de fijar personajes continentales, sino un interés netamente nacional. Muy diferente será la actitud que adopta el viejo maestro cuando al final de sus días escribe *Conflicto y armonías de las razas en América*, su gran ensayo inspirado por la corriente positivista en la que ya milita desde hace varios años. En esta obra Sarmiento hace

filosofía de la historia y plantea la problemática histórica del continente, la semejanza de pueblos con caracteres afines, los factores naturales y humanos que les son comunes. La tesis fundamental de *Facundo* es la comparación entre Estados Unidos y la América española. Sarmiento, con su marcada tendencia antiespañola, siente una gran admiración por la colonización sajona, origen y sustrato del país progresista que ya son por aquellos años los Estados Unidos. Ciertamente es que la admiración de Sarmiento por el país del norte no comienza al final de su vida; su primer viaje a este país (1847) fue trascendental para la orientación de su pensamiento ya que hasta entonces había sido fervoroso admirador de la cultura europea, especialmente la francesa. En los Estados Unidos creyó encontrar un arquetipo más perfecto de organización sociopolítica y económica y de desarrollo cultural. Una prueba de ello es la política educativa que implanta en el país, con una marcada influencia del pragmatismo norteamericano; la otra sería el enorme interés que pone en la protección e impulso de la inmigración, con la que no sólo piensa poblar el país sino cambiar la mentalidad y los hábitos heredados de la colonización española. La comparación del progreso alcanzado por la América del Norte y la situación precaria de la América española, produce en el ánimo de Sarmiento reflexiones sobre lo negativo de la situación y las causas que la han producido.

Para 1880 la Argentina criolla de la primera mitad del siglo ya había cambiado sensiblemente su fisonomía. La transformación social que producen las grandes masas migratorias asimiladas por el país, unido a la conducción política de los grupos liberales que dominan la política nacional desde 1853, presentan una actitud francamente europeizante y se inicia el periodo en que abiertamente el país parece estar al margen del continente del cual forma parte. Indudablemente este fue un gran error del liberalismo, que con las mejores intenciones de incorporar a la nación al progreso, trató de segregarla del contexto natural y lógico al que pertenecía, error del cual hay numerosos testimonios en el presente que vivimos.

Es interesante hacer notar que a pesar de la tendencia oficial, hubo por el 80 un movimiento latinoamericanista en Buenos Aires, como muestran recientemente investigaciones de Arturo Andrés Roig: por esa época se publicó una *Revista Latino-Americana. Organó de los intereses generales de su título*. En ella hay un artículo de José Agustín Escudero titulado "Nuestros Propósitos" en el que sostiene que la idea lanzada por Bolívar de la "Unión Latinoamericana", el 7 de diciembre de 1824 "vive aún encarnada en todos los hijos del suelo mexicano que reconocen su importancia y las enormes ventajas que reportaría a nuestros pueblos, estrechando sus relaciones fraternales y presentándose mutuo concurso para marchar con agigantados pasos en la senda del progreso y de la libertad, de su verdadera y sólida independencia..." Termina hablando del eco que esta revista habrá de tener en el



continente Latinoamericano.³ En la misma revista encontramos un “Llamamiento de José María Torres Caicedo, a todos los hijos de la América Latina”⁴ y más adelante se publican los “Estatutos de la Unión Latino-Americana fundada en París”. Inspirador y fundador de esta Unión y de los estatutos, que están firmados en París,⁵ es el mismo Torres Caicedo.⁶

En 1903 aparece en Buenos Aires *Nuestra América* de Carlos Octavio Bunge. Esta obra es la burda antítesis del *Ariel* de Rodó publicado tres años antes. Escrita dentro de la más estricta corriente positivista se basa en una discriminación étnica que proclama la europeización como única solución para alcanzar el progreso. Pero no ya por medio de la inmigración como habían pensado Sarmiento y Alberdi, sino mediante una educación europea o norteamericana que volviera anglosajones a los habitantes de estas tierras. Esta última aberración supone un paso atrás, un volver a las más perniciosas tesis del siglo anterior. La falta es más grave aún si se tiene en cuenta la profusa difusión que por esos años tenía ya la obra de Rodó, quien se oponía a lo que llamó “la nordomanía” y destacaba los valores espirituales de Ariel contra el materialismo de Calibán.

En los primeros años del siglo la intelectualidad argentina tiene dos figuras capitales: José Ingenieros y Leopoldo Lugones. La multifacética labor de Ingenieros y la gran obra literaria de Lugones dan carácter a la historia intelectual del país en los primeros lustros del siglo XX.

Ingenieros, (investigador, hijo de inmigrantes) va a interesarse por interpretar la historia nacional y por explicar las transformaciones que la inmigración está imprimiendo al país. Comenzó su actividad intelectual adherido a la corriente positivista y fuertemente influenciado por el libro *Conflicto y armonías de las razas en América* de Sarmiento. Así sostuvo —lo mismo que Bunge— una actitud europeizante y de prejuicios raciales hasta que el pensamiento socialista lo condujo por otros caminos. En realidad, esta segunda postura ideológica no fue nunca enteramente nueva para Ingenieros ni provocó un rompimiento brusco con el cientificismo positivista. Ello se debe a que ambas corrientes son la herencia de su padre, un profesor y periodista italiano asilado en la Argentina por razones políticas. Ingenieros inicia sus estudios sociopolíticos buscando la raíz de “lo argentino”, y aun cuando pretende una severa objetividad, se le escapan a menudo algunos efectos retóricos, propios de los hombres de su tiempo, y no pocas exaltaciones de patriotismo, cosa bastante común en los hijos de inmigrantes, quienes inconscientemente tratan de afianzar su nacionalidad en el ambiente familiar primero, y luego en su vida pública. Esta indagación de lo argentino lo enfrentó no sólo a los fenómenos sociopolíticos, sino también a una realidad ética que interpretó de modo personalísimo, acabando por realizar un verdadero magisterio de orden político y moral con sus libros y su abundante labor periodística. Sus ideas calaron muy hondo en los jóvenes, a

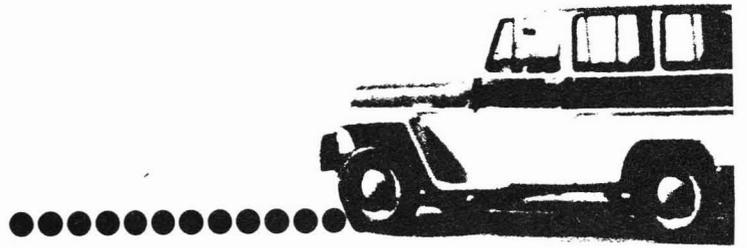
quienes —según el mismo Ingenieros— “correspondía el futuro”. La adhesión fervorosa de la juventud empezó a hacer virar su actitud inicial de teórico distante y lo impulsó a dedicarle lo mejor de su obra. *La universidad del porvenir*, un breve opúsculo, junto con *El hombre mediocre* y *Hacia una moral sin dogmas*, fueron en su momento el credo de las nuevas generaciones americanas. El primer trabajo citado fue también una de las obras que más influyeron en el espíritu que alentó la Reforma Universitaria de Córdoba, en 1918, movimiento que no sólo tuvo repercusión continental, sino que además es posiblemente el fenómeno argentino que más influencia ha tenido en el ámbito extranjero. Y hay que notar que este movimiento tuvo una marcada tendencia americanista. Hacia 1920 la preocupación hispanoamericanista de Ingenieros se hace más clara y combativa. Entre los muchos factores de esta definición debemos destacar el respaldo que recibió de los jóvenes y su relación con Vasconcelos. Cuando este último visitó Buenos Aires en 1922, Ingenieros pronunció un sonado discurso que marcó el comienzo de una militancia sin ambages, en pro del hispanoamericanismo. En este discurso se fustiga duramente la política norteamericana y las falacias del “panamericanismo”. Luego, ya en 1925, la actitud europeizante en el pensamiento de Ingenieros ha quedado reemplazada por una vitalísima conciencia americanista y antiimperialista que lo lleva a fundar la Unión Latinoamericana con la que va a dar forma a sus nuevos ideales, ya que en la declaración de principios sostiene que el objetivo principal de esta Unión es el de “coordinar la acción de los escritores, intelectuales y maestros de América Latina, como medio de alcanzar una progresiva compenetración política, económica y moral en armonía con los ideales nuevos de la humanidad”.⁷ Como vemos, Ingenieros propicia entonces una nacionalidad continental como la única posibilidad de redención americana.

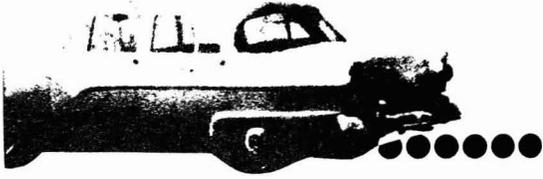
El rechazo a la política panamericanista encuentra en la Argentina a otro ardiente y activo combatiente en Manuel Ugarte. Fuertemente influenciados por Rodó, se convierte en una americanista incansable y realiza una intensa labor para formar una conciencia. La expansión norteamericana, especialmente durante el gobierno de Teodoro Roosevelt, ha producido un gran impacto en la intelectualidad latinoamericana y Ugarte sale a combatirla. Su vida adquiere por esto características quijotescas, ya que no sólo lucha por crear una conciencia de unión entre los países, sino que realiza en Europa múltiples esfuerzos para dar a conocer la situación del continente. Propicia la realización de congresos latinoamericanos que deben dejar gérmenes más fecundos que los congresos panamericanos a los que considera totalmente estériles por la falacia de la política norteamericana. Denuncia permanentemente las interferencias norteamericanas, y cuando sobreviene la invasión al puerto de Veracruz, participa en el movimiento de repudio que la opinión pública exterioriza, y funda el Comité Pro-México, con la ayuda de

la Federación Universitaria. La actitud impasible del gobierno argentino le impide realizar manifestaciones de protesta y tienen que limitarse a conferencias y publicaciones periodísticas. La invasión a México pone en evidencia, dice Ugarte, los propósitos imperialistas de Estados Unidos, y en consecuencia, transforma el Comité Pro-México, en *Asociación Latinoamericana*, organismo permanente que debe velar por los intereses latinoamericanos. En 1925 participa también en la Unión Latinoamericana de Ingenieros. Su prédica en pro de la causa latinoamericana, que le granjea el respeto y el reconocimiento de todos los países de Latinoamérica, llega hasta la época de la segunda guerra mundial.

El año 1925 fue pródigo para la historia intelectual argentina. Además de los aspectos que hemos marcado, dio nombre a una generación ilustre, también llamada *martinfierista*, cuyos principales representantes fueron Martínez Estrada, Borges y Mallea. Todos los miembros de esta generación tienen una formación europea, pero ello no es obstáculo para sentir un profundo interés por la realidad argentina, interés que los lleva a un “nacionalismo crítico”. Estrictamente no tienen una preocupación latinoamericana; a pesar de esto, cuando destacan los valores positivos de la argentinidad, encontramos que muchos de esos valores son precisamente los que nos acercan a los demás países del continente.

Ezequiel Martínez Estrada publica en 1932 su *Radiografía de la pampa*, obra premiada, comentada, pero poco leída en la Argentina cuando apareció, aunque posteriormente ha tenido una honda resonancia. Este libro es una valiente denuncia de la tendencia nacionalista oficial que había idealizado no sólo al país sino a toda su historia, ya sea ocultando errores o justificándolos y aún erigiendo en ocasiones valores artificiales. La reacción del autor contra todo esto produce un ensayo que es un agudo estudio de la realidad argentina, a pesar de que el afán polémico y desmitificador le da entonaciones de profundo pesimismo. Así, el estudio pierde a veces objetividad; con todo, su pasión no le impide llegar hasta las características de la subconciencia nacional. Hace un análisis riguroso de todos los elementos que componen a la sociedad argentina y el marco histórico geográfico en que se desarrolla; pero siempre pone en evidencia lo más negativo y criticable que éstos factores pueden tener. Pareciera querer despertar la conciencia nacional retándola para obligarla a una actitud más justa. Martínez Estrada fue consciente de esta actitud exageradamente pesimista, y cuando escribió *Muerte y transfiguración del Martín Fierro*, en 1950, intentó romper con su pesimismo anterior para asentar que en el proceso de formación del país hay una toma vivencial, un modo de ser de la gente y “eso queda firme a través de los cambios políticos, de las técnicas industriales, de la enseñanza y de la obra de gobierno. Es lo que queda cuando todo cambia. Lo gauchesco es tan cierto como hace cien años, pero reviste distintas apariencias; se ha introducido en las figuras y masas





permeables de la vida civilizada, de la cultura adquirida. . .” El contenido de éstas es netamente argentino, y su idea no es latinoamericana. Martínez Estrada se queda así, marginado del continente al cual pertenece, y en esto se muestra como un intelectual típico de la zona rioplatense; sin embargo, cuando el autor quiere mostrar lo positivo que subyace en su país, lo que lo conforma y le da permanencia, apela a ese substrato gauchesco, criollo, que en última instancia es lo que tiene de hispanoamericano.

Siguiendo la tendencia de formar la conciencia argentina, de crear el sentido de la argentinidad, aparece en 1937 la obra de Eduardo Mallea, *Historia de una pasión argentina*. Este ensayo que muestra la crisis personal de su autor en la búsqueda desesperada de la argentinidad, es también representativo de esta generación. El choque que producen en Mallea el cosmopolitismo inmigratorio, trasplante de la cultura europea y el desarrollo económico cada vez más acelerado, lo hacen concebir la idea de que existen dos argentinas: la visible, que se atribuía a sí misma la “representación” del país y la Argentina *invisible*, profunda, sustrato verdadero de la nacionalidad. El verdadero argentino, el del país invisible, según el autor, se acerca mucho al hombre americano cuya vida es la permanente rebeldía ante el espacio. Tiene que crearlo todo, hacerlo todo: “Su modo de conquista es el más terrible de todos. Su tradición es la de esfuerzos atroces y la de algunos triunfos, sobre cuyo crédito no puede —como el hombre europeo— vivir. Tal situación priva a tal hombre de posibles argumentos falsos ante su obra. La realidad que tiene ante sí es inédita. Cada civilización nueva inventa su palanca y este hombre tiene que inventar su propio instrumento, por lo que su esfuerzo es doble, ya que requiere a la vez intelecto y poder físico”.⁸ En el resultado de toda esta búsqueda de la argentinidad, en su caracterización del hombre americano, vemos a Mallea en una actitud definitivamente hispanoamericana, puesto que quiere encontrar en nuestra historia los verdaderos valores que conformaron la conciencia nacional que tanto anhela. Podríamos decir que en su pensamiento queda implícito, también, el mismo deseo de una auténtica conciencia latinoamericana.

Entre 1940 y 1950 aparece una nueva generación que ha sido llamada por Emir Rodríguez Monegal, con todo acierto, la de los “parricidas”, por la iconoclasia con que juzgan a la generación del 25 y el rechazo de casi todos sus escritores de prestigio. Para el crítico uruguayo, a esta generación puede situársela en 1945, pues en este año, la revolución que significa la ascensión del régimen peronista es una “experiencia fundamental y a partir de ella se coagula o define la generación”.⁹ De todos los miembros de esta generación, quizás la posición más extrema es la de H. A. Murena. Con él se inaugura el “juicio de los parricidas”, como dice Rodríguez Monegal. Desde el baluarte mismo de la generación del

25, que eran *Sur* y *La Nación* se lanza a una crítica demoledora. En 1954 publicó su libro *El pecado original de América*, con un contenido más amplio que los de Martínez Estrada y Mallea, ya que estos últimos habían analizado casi exclusivamente la realidad argentina. Murena, en cambio, se interesa por toda América. Ahora bien, el hecho de que la temática se amplíe no modifica mucho el enfoque, pues las pautas que ha tomado para sus juicios responden, casi exclusivamente, a algunas realidades del Río de la Plata. La solución que propone Murena para esta América, que no tiene cultura y que sin embargo necesita vivir y pensar por sí misma, es que realice un parricidio histórico-cultural. Esta es la única forma, para el autor, de encontrar el propio estilo americano a partir del cual las naciones de América podrían volverse sobre sus orígenes y aceptarlos como base. La tesis de Murena está desposeída por completo de toda valorización positiva del hecho de ser americano, hecho que toma como una fatalidad que hay que asumir y con la que es necesario conformarse.

Según el análisis de Rodríguez Monegal, que nos parece inteligente y muy acertado, en el año de 1945 se produjo la separación de los jóvenes intelectuales argentinos que van a soslayar la realidad nacional peronista y a refugiarse en la creación literaria o en la crítica. Los primeros tienen su núcleo en la revista *Ciudad*; publicación literaria muy cercana a la revista *Sur*. La actitud de sus componentes es revisionista y crítica a la generación anterior, pero con un espíritu conciliador. El otro grupo funda *Contorno*, dirigida por David e Ismael Viñas, que es una revista con un contenido más filosófico, sociológico y político que literario, con una actitud más crítica que de creación. Sus colaboradores continúan con la línea de revisionismo sin concesiones que abrió Murena. Además, desde una postura fuertemente influenciada por el existencialismo francés, aceptan y asumen las culpas de la realidad nacional y salen a enfrentarla.

Las tendencias de esta generación, parricida o no, ya que no todos sus miembros tuvieron la misma técnica, se reúnen en la trinchera de su antiperonismo, de su actitud crítica y de su interés por renovar los valores nacionales.

Después de la caída del régimen peronista, en 1955, la continua crisis política que ha tenido tan honda repercusión en la sociedad y economía nacional, unida a una situación internacional cada vez más desfavorable, dio nueva vigencia a la conciencia latinoamericana. Esta se ha manifestado en los más destacados intelectuales del país que desde dentro o fuera de él, la han expresado. Sería muy difícil examinarlos a todos, muchas limitaciones lo impiden, por esto hemos escogido sólo a algunas figuras, que desde luego no agotan el panorama ni mucho menos. Escritores importantes como David Viñas, sólo por dar un ejemplo, hemos tenido que dejarlos fuera.

Ernesto Sábato, en una entrevista concedida en Buenos Aires



sobre los “defectos y virtudes de los argentinos”¹⁰ encuentra desacertada e injusta la misma generalización del título de la entrevista, y sostiene que es necesario distinguir entre las actitudes típicas de los “porteños” y la de los hombres del interior, ya que a veces se atribuye a todos los argentinos posturas negativas que pueden ser peculiares de una sola de las dos regiones. A propósito de esto recuerda que ya Pedro Henríquez Ureña decía que Hispanoamérica comenzaba en la Argentina al norte de Córdoba. Luego Sábato plantea el hecho de que en Latinoamérica se juzga a la Argentina con resentimiento. Las causas de este resentimiento son varias; una de las más importantes es el menosprecio basado en la discriminación racial y socioeconómica) que muchos sectores porteños le hacen sentir no sólo a la América mestiza, sino también a los argentinos del interior. Tanto es así que cuando se dio la afluencia de peones norteros a Buenos Aires, éstos fueron hostigados olvidando que “eran los mismos que habían formado los contingentes de los ejércitos libertadores y que lucharon con coraje y murieron con dignidad por una patria que ni siquiera se sabía qué era y hasta dónde se extendía”. Sábato no justifica esta actitud, pero la explica haciendo notar que entre 1890 y 1930 la Argentina y especialmente Buenos Aires, alcanzaron un alto grado de desarrollo, muy superior al de las demás regiones del área latinoamericana. No cabe duda de que este privilegio hizo nacer esa “arrogancia del argentino (y sobre todo del porteño) en el continente”. Pero hay que notar también que tanto el resto de la América Latina como los hombres del interior de la Argentina misma sufrieron los efectos de ese orgullo que sólo “podía producir antipatía y resentimiento”. En resumen, para Sábato la situación del argentino es la del habitante de un país que, “al menos en su zona decisiva, es una fractura entre dos continentes: no somos ni Europa propiamente dicha ni América Latina propiamente dicha”. Con una población racialmente descendiente de europeos, que están geográfica e históricamente perteneciendo al nuevo continente, Sábato sostiene que son numerosas las cosas en común que el país tiene con sus hermanos de América, empezando por el idioma y el origen histórico. Cree que a pesar de estos lazos la cultura argentina tiene que ser distinta, precisamente por las diferencias. Reconoce que esto se hace más evidente en la literatura contemporánea. Se ha insistido que la literatura argentina actual no es representativa de la América Latina, y que no es auténtica. Piensa que hacer una literatura en la Argentina con personajes indígenas o negros o compañías bananeras sería hacer literatura fantástica. Cree que en el continente americano pueden existir varias manifestaciones de la cultura y que no son excluyentes unas de otras.

Julio Cortázar es el escritor que vive fuera del país desde hace muchos años y cuya literatura sin embargo, sigue reflejando las “circunstancias” nacionales. La distancia ha sido un factor impor-

tante para darle una visión más continental de la Argentina, que aparece en su pensamiento más insertada en la problemática continental, y no tan segregada del contexto latinoamericano, como la presentan otros intelectuales. A diferencia de Sábato, no marca tanto las discrepancias con el resto del área latinoamericana; creo que en el fondo, éstas no le interesan mucho. Para él la Argentina es en todo, inclusive en su cultura, parte de ese Tercer Mundo explotado, colonizado, subdesarrollado. Como intelectual se adhiere francamente a la lucha revolucionaria, a la cual considera la "primera gran tentativa en *profundidad* para rescatar a América Latina del colonialismo y del subdesarrollo". Militante en la izquierda ideológica, rechaza por igual la solución del capitalismo o neocapitalismo" y la del "comunismo esclerosado y dogmático" que amenazan por igual a un auténtico socialismo con el que se logra "el acceso del hombre auténtico a la libertad y a la vida". Elogia a la revolución cubana y en ella encuentra la primera aspiración por crear un socialismo que llama *humanismo* "por falta de mejor nombre". Sostiene que con independencia de su ideología, él es un escritor y no un militante político, por eso su trabajo lo realiza en el plano cultural. Su participación ideológica la ha dado colaborando con la Revolución Cubana, con su apoyo moral y mediante una labor de difusión. Así cree ser más útil a la causa latinoamericana en la que tiene más fe, y no en seguir aferrado a nacionalismos y patriotismos que nos dividen. Esta idea latinoamericana la lleva incluso al terreno de la literatura y piensa, a diferencia de Sábato, que existe una "larguísima columna vertebral" que "asegura una unidad latinoamericana en el plano literario".¹¹ Su obra literaria está libre de compromisos políticos e ideológicos.¹² Con todo, su actitud personal es bien definida y en sus declaraciones deja bien clara su posición y lo que piensa del país con respecto a la América Latina.

En los últimos años, la conciencia latinoamericana en la Argentina se volvió acción en la persona de Ernesto Guevara. El "Che", como lo llaman en todas partes, es sin duda el argentino que mayor proyección universal ha alcanzado hasta la fecha en la historia del país. Su filiación netamente argentina es reconocida, y la expresó además en numerosas ocasiones. En la carta que le escribió a Sábato después del triunfo de la Revolución Cubana le decía: "pertenezco, a pesar de todo, a la tierra donde nací y aun soy capaz de sentir profundamente todas sus alegrías, todas sus esperanzas y también sus decepciones".¹³ Su ideología marxista y su creencia en que ésta salvaría a la América Latina lo llevó a luchar fuera de las fronteras nacionales. Su posición, por discutida que sea, tiene algo de grande que merece el respeto de todos; el hecho de haber dado la vida por la causa en la que creía. El papel que se asignó en la lucha latinoamericana lo expresó bien claro en la ONU en 1964 cuando contestó: "He nacido en la Argentina; no es un secreto para nadie. Soy cubano y también soy argentino y, si no se

oponen las ilustrísimas señorías de Latinoamérica, me siento tan patriota de Latinoamérica como el que más, y en el momento que fuera necesario estaría dispuesto a entregar mi vida por la liberación de cualquiera de los países de Latinoamérica..."¹⁴ Su muerte en Bolivia es un testimonio de la legitimidad de esta militancia latinoamericana.

Notas

1 Alberdi, Juan Bautista: "Discurso pronunciado el día de la apertura del Salón Literario", Buenos Aires 1837, Apud. Leopoldo Zea: *El pensamiento latinoamericano*, 2 tomos, Ed. Pormaca, México, 1965; Vol. I, p. 134.

2 Alberdi, Juan Bautista: "Ideas para presidir a la confección del curso de Filosofía contemporánea", en el Colegio de Humanidades, Montevideo, 1842. Apud. José Gaos: *Antología del pensamiento en Lengua Española en la Edad Contemporánea*, México, Ed. Seneca, 1945, pp. 308, 309.

3 *Revista Latino-americana. Organó de los intereses generales de su título*, Buenos Aires, desde el No. 1 del 15 de enero de 1880, hasta el No. 8 del 15 de mayo del mismo año, 256 p. de numeración corrida. José Agustín Escudero, "Nuestros propósitos", pp. 4-5.

4 *Ibidem*: José María Torres Caicedo, p.p. 35 y 36.

5 *Ibidem*: José María Torres Caicedo, p.p. 109/111.

6 El interés por América Latina se puede apreciar también en las numerosas publicaciones que salieron en Buenos Aires entre el fin de siglo y el comienzo de este. Algunos ejemplos: *América Literaria*, Buenos Aires, Directores Manuel J. Sumay, Eduardo J. Prosperi, Miguel C. Novaro, No. 1, septiembre de 1899; *El Mercurio de América*, Director: Eugenio Díaz Romero, No. 1, 20 de julio de 1898; *América*, Revista literaria, social, noticiosa y científica, Buenos Aires, Directores: Leandro Rivas Jordán (1-69) Carlos Méndez Caldeira (70-105) Salvador Debenedetti (106-142), Nicanor Echarte (143-241) No. 1; julio de 1904; No. 241: febrero 14 de 1909; *Búcaro Americano*: El. Directora: Clorinda Matto de Turner. Buenos Aires. No. 1 Febrero de 1896; No. 65. Mayo 15 de 1908; *América Literaria* (Buenos Aires) Director: Edmundo Montagne No. 1, marzo de 1909; *Revista Americana*. Buenos Aires. Director: Bernardo González Arrili. No. 1, julio 1914; *Gaceta Americana*. Director Carlos Alberto Sein. No. 1, septiembre de 1914; *La Reunión Americana*. Director Bernardo González Arrili. No. 1, enero de 1917; *Revista de América*. Directores, Carlos Alberto Erro, Leonidas de Vedia, Enrique Lavie, No. 1, diciembre 1924. Buenos Aires.

7 Ingenieros, José: "Declaración de principios de la Unión Latinoamericana". Apud. Héctor P. Agosti: *Ingenieros, ciudadano de la juventud*, Buenos Aires, Santiago Rueda, Editor, 2da. edición, 1950 p. 196.

8 Mallea, Eduardo: *Obras Completas*, Buenos Aires, Ed. Emecé, 1961, Tomo I p. 361.

9 Rodríguez Monegal, Emir: *El juicio de los parricidas*, Buenos Aires. Ed. Deucalión, p. 84.

10 Sábato, Ernesto: "Defectos y virtudes de los argentinos", entrevista publicada en la Revista *Atlántida*, Buenos Aires, Agosto, 1970, p. 34.

11 Cortázar, Julio, entrevista publicada en la revista *Life* en español, el 7 de abril de 1969, p. 44/45.

12 V. Oscar Collazos, Julio Cortázar y Mario Vargas Llosa: *Literatura en la revolución o revolución en la literatura*, (Polémica), México, Ed. Siglo XXI, 1970, pp. 38/77.

13 Guevara, Ernesto "Che", "Carta a Ernesto Sábato", publicada en la revista *El Escarabajo de Oro*, abril de 1971, p. 3 y p. 8/9.

14 Guevara, Ernesto "Che": *Obra revolucionaria*, México, Ediciones ERA, S. A. 2da. edición, 1968, p. 21.